



## Proyecto Ein Karem

Archidiócesis de Toledo

### PINACOTECA HISTÓRICA

#### FLANNERY O'CONNOR (1925-1964)

Mary Flannery O'Connor nació en Savannah, Georgia, el 25 de marzo de 1925. Sus padres eran católicos. Por eso recibió toda la educación primaria y secundaria en colegios religiosos. Desde pequeña, su vocación se manifestó en el dibujo más que en la escritura. Durante mucho tiempo quiso ser historietista. Llevaba una vida tranquila, idílica que se destruyó cuando su padre murió de lupus en 1941. O'Connor tenía 15 años.



Obtuvo un título universitario en literatura y el destino para una mujer con esos estudios en Georgia, en 1944, no era otro que el de profesora de lengua en la escuela secundaria. Algunos profesores la animaron a postularse a un programa de posgrado en periodismo en la Universidad de Iowa.

Consiguió una beca y por primera vez salió de Georgia. En 1946 fue aceptada en el prestigioso Master de Creación Literaria de la Universidad de Iowa; allí presentó sus primeros cuentos como tesis de fin de máster.

Ya estaba escribiendo su primera novela, *Sangre Sabia*, que le llevaría unos seis años de trabajo.

Su vocación literaria nunca le hizo cuestionar su fe, aunque tampoco fue ingenua sobre la influencia que podría llegar a tener esa vocación en términos espirituales.

En 1951 se le diagnosticó lupus, la misma enfermedad por la que falleció su padre, y tuvo que regresar a Milledgeville. Allí vivió en una granja, Andalusia, de cuya gestión se encargó su madre, mientras que ella, con las limitaciones de la enfermedad, se dedicaba a la escritura y a la cría de aves, especialmente pavos reales. En esta vida aislada recibía visitas cada vez más numerosas de amigos y admiradores y su relación epistolar con muchos de ellos, recogida en el libro *El hábito de ser*, le permitió una red de relaciones que compaginó con algunos viajes puntuales, sobre todo a universidades. Sólo salió al extranjero en un viaje que hizo por Europa, pasando por Roma, Lourdes y Barcelona.

Escribió dos novelas, 31 relatos breves recogidos en dos libros, ensayos y conferencias. Sus protagonistas son personajes locales blancos y negros; predicadores que van de pueblo en pueblo, pequeños campesinos al borde de la miseria, y las historias que relata tienen como escenario los campos o las pequeñas ciudades de la región. Una constante de toda la narrativa de O'Connor es la preocupación por la divinidad, o la búsqueda de las huellas de Dios, en contraposición a sucesos o conductas perversos o violentos.



O'Connor fue una lectora constante de Santo Tomás de Aquino (todas las noches se internaba en la *Summa* durante 20 minutos), pero también de los padres de la Iglesia, del cardenal Newman, del barón Von Hügel, de Etienne Gilson, de Romano Guardini, y de los grandes novelistas católicos de fines del siglo XIX y buena parte del XX: Bloy, Bernanos y Mauriac en Francia, y Waugh, Greene y

Muriel Spark en Gran Bretaña. A la mayoría de los comentaristas de la obra de

O'Connor se les escapaba la dimensión religiosa. A ella la paciencia se le agotaba frente a esa incompreensión. Escribió a modo de aclaración en 1958: "Todos mis cuentos tratan acerca de la acción de la gracia sobre un personaje que no está muy dispuesto a soportarla, pero lo que la mayoría de la gente piensa de esos cuentos es que son duros, inútiles, brutales,..."

Flannery O'Connor murió en 1964, a los 39 años de edad a causa del Lupus. Sus libros, su estilo y los temas que trató fueron tan originales que desconcertaron a la crítica de su tiempo, un desconcierto que se prolonga hasta nuestros días.

Que la autora de esas páginas memorables fuera una católica devota en una geografía protestante y en un ambiente ateo o pagano, agravó la confusión. Así, con el paso de las décadas, O'Connor terminó convertida en una escritora insoslayable en la literatura estadounidense del siglo XX, pero ello a pesar de su catolicismo, no gracias a él.

Esperanza Gómez-Menor